

¿UN PAÍS SIN POLÍTICA EXTERIOR? EL PESO DE LA POLÍTICA DOMÉSTICA EN ISRAEL.

Fernando Navarro Muñoz*

Las últimas décadas han sido testigo de una serie de transformaciones determinantes en la forma en que se desarrollan los conflictos armados, transformaciones que nos obligan a repensar el concepto de seguridad. Este ha sido siempre el concepto preeminente en la disciplina de las Relaciones Internacionales, preocupada desde sus inicios por la inseguridad, la experiencia e implicaciones de la guerra y la viabilidad de las estructuras de paz (Terriff 1999). De ahí que el concepto de seguridad se haya enfocado tradicionalmente desde las relaciones entre los países y, por lo tanto, haya versado sobre amenazas externas a los mismos; obviando de este modo el contexto doméstico en el que surge la propia seguridad.

Se hace necesaria una nueva interpretación de la seguridad que recoja esta dimensión, y en este pequeño estudio exploraremos el caso israelí para comprobar cuál es la carga que ejerce la realidad de las relaciones domésticas a la hora de formular políticas exteriores y de seguridad. Kissinger afirmó en una ocasión que Israel carecía de política exterior, y que sólo tenía política doméstica. A buen seguro se refería a que el sistema político israelí, dada la alta representatividad de su régimen electoral, da lugar a un sistema político paralizante que depende de coaliciones parlamentarias muy frágiles donde es difícil llegar a acuerdos significativos, toda vez que estas coaliciones incluyen a menudo las posiciones ideológicas más enconadas.

Pero la realidad es que hay mucho más; la historia israelí demuestra que existe una serie de actores que han jugado un rol determinante en el diseño de la política de seguridad nacional y en su implementación, generalmente manteniendo una actitud belicosa hacia sus vecinos, y dando forma al curso de los acontecimientos *sobre el terreno*. Esta política de seguridad tiene su correlato en una política exterior exigua y reactiva, destinada a mantener las relaciones de poder internas en el Estado hebreo.

Para examinar nuestro caso de estudio, en este trabajo partimos de algunas de las propuestas de sociología del poder que nos ofrece Ferran Izquierdo (2007): en todo sistema jerárquico nacen élites, y estas élites compiten continuamente por el control de los procesos de reproducción social. Esta competición continua tiene un carácter circular, y el objetivo principal de los actores en liza es mantener y acumular aquellos recursos de los que depende su poder, y no los objetivos que abiertamente declaran, que pasan a un segundo plano. Según Izquierdo (2011:50): *“las políticas de un gobierno están ligadas a los intereses dominantes en distintos sectores de élites. Así [...] mientras que algunas élites necesitan la cooperación para acumular, otras necesitan la confrontación”*. De este fenómeno, el caso israelí es el caso palmario.

* UAB. Investigación realizada con el apoyo del Institut Català Internacional per la Pau (ICIP).

Este trabajo se estructura de la siguiente manera: en primer lugar examinamos dos debates en la disciplina de las Relaciones Internacionales. Primero, discutimos el carácter monolítico del Estado. El segundo debate es sobre el concepto de seguridad y lo dividimos en otras tres discusiones. Posteriormente, planteamos el papel de la llamada Red de la Seguridad como actor hegemónico en las relaciones de poder israelíes, y su impacto en el diseño de las políticas exterior y de seguridad. Una breve semblanza de Ehud Barak nos servirá para hacernos una idea de la competición por el poder en Israel. Todos estos casos nos permitirán ver cómo en este país el conflicto es el principal mecanismo de acumulación de poder.

Una seguridad no estatocéntrica: la seguridad de las élites.

Para encauzar la argumentación de este breve trabajo, antes hemos de hacer referencia a dos debates existentes en el seno de las Relaciones Internacionales. El primero es el que discute el carácter monolítico del Estado. El segundo versa sobre la naturaleza del concepto de seguridad, y a su vez envuelve tres discusiones: la primera, sobre cómo surge la seguridad; la segunda, sobre la amplitud del concepto; y, por último, sobre el riesgo como nuevo paradigma. Completamos este examen sobre los debates con una propuesta de sociología del poder.

El primer caso, en realidad, no es un debate, pues la abrumadora mayoría de la literatura en la materia considera que el Estado es el actor fundamental en los asuntos internacionales. Siendo los Estados y sus relaciones el objeto central de estudio de la disciplina, son contemplados como entidades políticas que interactúan en un sistema mundial anárquico, sin una autoridad central que discipline su comportamiento. Según estas teorías, los Estados son autónomos en tanto que cada uno es árbitro de lo que constituye su interés, pero no son libres de hacer lo que quieran, pues sus actos están restringidos por la acción del resto de unidades.

Sin embargo, es cada vez menos raro encontrar trabajos que se interesen por la realidad interna de cada estado y el efecto que esto tiene en la política exterior. En cierto modo, incluso algunos autores que podríamos calificar como *mainstream* hacen suyo este cambio de perspectiva. El reciente trabajo de dos autores neorrealistas como Mearsheimer y Walt (2006) sobre la influencia de los grupos de presión proisraelíes en el diseño de la política exterior de los EEUU es uno de los ejemplos más claros. En la misma línea, otros autores plantean que a la hora de elegir su conducta internacional y construir su política de seguridad, un gobierno atiende a las demandas de aquellos grupos cuyo sostén le es necesario para mantenerse en el poder, y estos grupos reciben a cambio el disfrute de una porción de recursos (De Mesquita, Morrow et al. 1999). Sin embargo, la inclusión de esta clase de consideraciones no cuestiona, en la mayoría de los casos, las premisas originales, y se sigue viendo al Estado como garante de los intereses generales de las sociedades a las que representa. Es más, la dimensión doméstica se añade en estos análisis de manera reactiva, como advertencia, y el sistema castiga y disciplina a aquellos Estados donde la política doméstica obstruye una evaluación certera de los intereses (Rathbun 2008).

¿Un país sin política exterior? El peso de la política doméstica en Israel.

En este trabajo planteamos que el Estado, como institución legítima normativa, coercitiva y redistributiva, es en realidad un recurso de poder. Un aparato con varios departamentos que no necesariamente marchan al unísono. El Estado no es un actor; actores son, en todo caso, quienes controlan sus resortes, y cuyos intereses tienden a confundirse con los del común. Desde una perspectiva de sociología histórica, contrariamente a lo que propone el grueso de la disciplina:

one of the most striking insights of historical sociology is the point that the presence of unlike or functionally differentiated units (i.e., where there are competing sources of political authority at the domestic level) under anarchy has not only occurred in world history, but, above all, has taken precedence over the existence of 'like-units' for something like 99 per cent of world history [...] such a point strikes at the very heart of Waltz's project, because it shows that the existence of 'like-units' is anomalous or exceptional" (Hobden and Hobson 2002)¹.

El segundo debate del que partimos es el que atañe a la naturaleza del concepto de seguridad. Como hemos dicho más arriba, este debate lo abordamos desde tres discusiones, la primera de ellas trata de cómo surge este concepto. Muy a menudo, dentro del campo de los estudios de seguridad nos hemos encontrado con enfoques que podríamos llamar pluralistas o liberales, según los cuales la seguridad surge de manera casi aséptica, producto de una evaluación de las amenazas objetivas a la existencia de los Estados entendida en términos de soberanía. Sin embargo, desde hace unas décadas, toda una corriente de autores ha venido manteniendo que en cada caso la seguridad más bien es producto de una determinada evolución histórica y de pugnas entre grupos sociales e intereses contrapuestos. Como señala Lipschutz, ésta *no nace de una lucha entre naciones, sino entre nociones* (Lipschutz 1995). La seguridad, como otras tantas cosas, se construye socialmente.

De entre todos los autores que han cuestionado el carácter objetivo de la seguridad, han tenido especial predicamento los pertenecientes a la autodenominada Escuela de Copenhague de estudios de seguridad, entre los que destacan Barry Buzan y Ole Waever. Es este último quien define a la seguridad como *speech act*, un acto del habla cuya mera pronunciación tiene efectos inmediatos (pensemos, sin ir más lejos, en la fuerza que tiene etiquetar a algún grupo de "terrorista"). Por medio del recurso a la amenaza existencial se invoca la adopción de medios extraordinarios para conjurar dicha amenaza. A este proceso se le llama *securitización*, que es el *movimiento* que lleva los temas señalados hacia un *tipo especial de política* que se encuentra fuera de los límites convencionales de la misma, en ocasiones fuera de los márgenes de la democracia (Buzan, Wæver et al. 1998) (Waever 1995).

La teoría de la securitización tiene mucho del concepto de excepcionalidad de Carl Schmitt y con su concepto "decisionista" de la soberanía. Para Schmitt, la soberanía se hace patente en la capacidad de decidir en las disputas dentro del Estado y, sobre todo, para decidir qué amenazas y en qué punto se convierten en emergencias que requieren la suspensión, al menos parcial y para mantener el orden político, de las reglas políticas normales. Para Schmitt, la esencia de la política yace en la disyunción entre amigo y enemigo y el conflicto resultante.

¹ Kenneth Waltz, con su obra de 1979 *Theory of International Politics*, inaugura una nueva etapa en la disciplina de las Relaciones Internacionales. Aboga por un realismo sistémico donde los actores se guían según su posición estructural; en este sentido, la obra de Waltz consolida al Estado como unidad de análisis.

Esta relación configura la estructura de lealtades, alianzas y solidaridad sobre la que se asienta la capacidad para decisiones efectivas (Williams 2003). La relación binaria amigo/enemigo tiene además mucho que ver con la identidad, con el *nosotros* frente al *ellos*; y es que para el Estado, o más bien para la sociedad que lo constituye, la seguridad es algo necesario; pero no como protección frente a las amenazas, sino como elemento constitutivo de su identidad. La inseguridad en realidad no socava el Estado, sino que lo refuerza, la presencia de un *Otro* amenazante tiene un efecto cohesivo y la sociedad se reconoce a sí misma en la yuxtaposición a ese *Otro* (Campbell 1998).

La segunda dimensión de este debate es la que trata sobre la amplitud del concepto de seguridad. El panorama de la conflictividad internacional desde el fin de la Guerra Fría evidencia que es necesario expandir el concepto más allá del enfoque militar y del estatocentrismo. Este intento de ampliación nos ha legado conceptos como el propuesto por el PNUD de una *seguridad humana*, centrada en el individuo y que hace énfasis en la prevención de los conflictos actuando sobre la pobreza y el subdesarrollo. O también la perspectiva de género en los estudios de seguridad. Una de las propuestas de mayor alcance ha venido también de la Escuela de Copenhague, que propone un concepto de seguridad ampliado en cinco sectores. Para Buzan (1991) : *“the security of human collectivities is affected by factors in five major sectors: military, political, economic, societal, and environmental”*. Para estos autores, es posible construir una agenda de seguridad autónoma y diferenciada para cada uno de estos sectores (bajo la égida de la teoría de la securitización).

La tercera dimensión de este debate es la que supone la aparición de un nuevo paradigma, que no nos ha llegado desde de la disciplina de las Relaciones Internacionales, sino de fuera, de la sociología: la teoría del riesgo. En esta sociedad del riesgo global en que nos hallamos, preocupada por la gobernabilidad de los riesgos que ella misma ha producido, las cuestiones de seguridad se ajustan más al esquema del riesgo que al de amenaza existencial que preconiza Copenhague; es decir, la imaginación política actual se ocupa más de potencialidades que de amenazas concretas, las primeras requieren gestión, gobernabilidad, mientras que las amenazas han de ser eliminadas por la fuerza; si las amenazas requieren medidas extraordinarias, el riesgo se gestiona con “normal measures” (Corry 2010).

En este trabajo cuestionamos las propuestas que encontramos en estos dos últimos puntos. Una agenda de seguridad basada en el riesgo o en los sectores que proponen Buzan y Waeber sólo tiene valor argumentativo, para justificar el uso de políticas de seguridad como recurso de poder.

Y es que la seguridad, desde nuestra perspectiva, tiene que ver con el poder. Además, el Estado no es un actor, y por lo tanto no puede buscar la seguridad por él mismo. Como el Estado es en realidad un aparato en mano de una serie de actores –élites- la seguridad que se persigue en nombre de un Estado será en cualquier caso la seguridad de estas élites. Esto es lo que proponemos haciendo uso de la sociología del poder. Tal como propone Ferran Izquierdo (2007), la desigual distribución en la sociedad de unos recursos limitados da lugar a una jerarquía dentro de la cual se dan relaciones de competición por el control del proceso social. Los actores o élites que se hallan en los estratos superiores de esta jerarquía se encuentran en una relación de competición continua, llamada circular, por la acumulación de aquellos

¿Un país sin política exterior? El peso de la política doméstica en Israel.

recursos (o del acceso a los mismos) que, según el momento histórico, determinan la estructura social y que se proyectan en forma de poder. Una competición en la que la lógica, más allá de la consecución de los objetivos iniciales, es la acumulación de tipo diferencial; es decir, no se mide en términos absolutos sino relativos: lo que tendrá valor de cara a la ulterior competición será el atesorar más y mejor acceso a tales recursos respecto al resto de las élites rivales. Por lo tanto, el poder acumulado sólo es poder en la medida en que permite seguir compitiendo. Las relaciones circulares son, en este sentido, conservadoras, pues sus metas no son “*la consecución de objetivos concretos ni transformaciones sociales, sino el mantenimiento y control de los recursos en términos de poder*” (Izquierdo 2007:36).

Como señala Izquierdo, existe otra clase de competición que tiene un carácter lineal y que enfrenta a dos o más actores por un objetivo concreto; una vez resuelta la pugna, se disuelve la relación. En ocasiones excepcionales esta relación ha enfrentado a los dos extremos de la jerarquía, es decir, a la población contra sus élites.

Seguridad y poder en Israel.

En este apartado del trabajo, argumentamos que las élites israelíes más poderosas son las que se mueven dentro de una alianza que llamaremos Red de la Seguridad, tal como propone Barak y Sheffer (2006), y que estos actores, siguiendo sus intereses, son los que dan forma a la política exterior y de seguridad del país.

Para entender las relaciones de poder en Israel debemos tener en cuenta dos circunstancias fundamentales. En primer lugar, la perenne situación de conflicto con su entorno que vive desde su fundación -el conflicto árabe-israelí-, que en los poco más de 60 años de existencia del Estado ha dado lugar a siete guerras interestatales y que tiene su expresión sempiterna en el conflicto con el pueblo palestino, que se construye sobre dos grandes hitos: la expulsión masiva de 1948, durante la Guerra de Independencia israelí, y la ocupación y colonización del territorio palestino desde 1967. En segundo lugar, que esta situación hace necesario un Estado fuerte e interventor (Álvarez-Ossorio and Izquierdo 2007). En efecto, la *Madinat Israel* es, en términos relativos, uno de los Estados más fuertes del mundo en cuanto a control de recursos y a la capacidad de sus atribuciones: suelo, economía, educación, ejército, censura, etcétera. Así las cosas, el control de los medios normativos, redistributivos y coactivos del Estado ha sido históricamente el más poderoso recurso en la competición por el poder en Israel. Esta competición se vertebra en torno a las posiciones que ocupan los actores principales respecto al conflicto.

En los sistemas democráticos con economía de mercado, e Israel pertenece a este grupo, suele haber un mayor número de actores conectados a recursos específicos y que establecen alianzas a la hora del competir. El caso Israelí, por el enorme peso y atribuciones del Estado es un caso anómalo, y en consecuencia ve reducida esa pluralidad de actores y recursos. Aún así, en Israel existe una constelación de actores primarios y secundarios², y esta

² Según Izquierdo (2011) las élites primarias son las que compiten por los principales recursos en cada momento, y que en sus relaciones con el resto, dan forma a la estructura del sistema. Las secundarias,

constelación se ve ordenada por la posición respecto al conflicto y al carácter del Estado. Los partidarios de un Estado fuerte son los que Barak y Sheffer (2006), inspirándose en la literatura sobre *policy networks*, han llamado la Red de la Seguridad (Israel's Security Network, en su expresión original). Este grupo ha tenido en las últimas décadas intereses contrapuestos a los del capital financiero y la economía civil, más interesados en sumarse a la globalización económica y en la integración económica regional y, por lo tanto, reducir el Estado (Álvarez-Ossorio and Izquierdo 2007).

A diferencia de Barak y Sheffer, en este trabajo consideramos la Red de la Seguridad, al igual que cualquier *policy network*, no como un actor, sino como una alianza de diversos actores. No se trata de bloques monolíticos, al contrario, se parecen más a las *redes socioespaciales de poder* que describe Michael Mann (1991), redes de interrelaciones entre actores que, además, disponen medios institucionales para la consecución de sus metas. Esas interrelaciones se dan entre actores provenientes de las cuatro esferas (o fuentes, según Mann) del poder social: la esfera política, la económica, la ideológica (cultural) y la militar. La estructura de estas redes no se construye mediante vínculos formales, y se basa en el contacto regular. Sus fronteras son indefinidas y cambian, como también lo hacen sus actores, y sus ramificaciones a menudo se superponen (Barak and Sheffer 2006). Los *policy networks* son "*clusters of actors, each of which has an interest, or 'stake' in a given policy sector and the capacity to help determine policy success or failure*" (Peterson 2001); suponen, en este sentido, la institucionalización de valores, creencias, cultura, y formas determinadas de comportamiento. En el caso israelí, naturalmente, la Red de la Seguridad no es un bloque cerrado, y el trasiego de actores entre redes, especialmente los secundarios, es habitual.

En la competición por el poder en Israel, sin duda, la Red ha sido el bloque hegemónico. Su intervención y su influencia en las esferas política, económica y cultural ha sido determinante desde la misma fundación del Estado. Como describen Barak y Sheffer, actualmente esta alianza nace de la simbiosis entre el *establishment de la defensa* y diversos sectores de la sociedad civil y del escalafón político. El *establishment* lo integran los oficiales en activo ligados a la seguridad del país: el ejército (Fuerzas de Defensa de Israel, FDI) y sus diferentes ramas, el Shin Bet (agencia interna de inteligencia), el Mossad (inteligencia exterior) y la parte pública de las industrias militares y aeronáutica. La parte civil de la alianza la componen principalmente oficiales en la reserva que se han incorporado a las esferas política, económica o cultural; pero también forman parte de ella numerosos sectores de la política nacional, de la administración, de los medios de comunicación, del mundo empresarial y del capital privado ligado a la industria militar. En la arena parlamentaria se añaden a estos intereses los de los pequeños partidos políticos religiosos o ultranacionalistas, necesarios para formar coaliciones de gobierno.

El origen de esta alianza está en una colusión entre las esferas civil y militar cultivada deliberadamente desde los inicios del Estado hebreo, que permitió a oficiales de seguridad inmiscuirse en asuntos públicos y tejer relaciones con sus miembros (Barak and Sheffer 2006). El padre de la patria, David ben Gurion, guiado por la lógica de que las relaciones con los

aún en el caso de que posean recursos de primer orden, son las que se mueven en la estructura generada por las élites primarias, con las que deben aliarse.
La posición de unas y otras puede variar con los cambios en la estructura del sistema.

¿Un país sin política exterior? El peso de la política doméstica en Israel.

árabes eran irreconciliables, y de que en tal entorno hostil la paz no se puede negociar, sino que sólo puede imponerse, fue el gran artífice de esta cohabitación. Él mismo echó mano de sus relaciones con el establishment de la defensa durante la década de los 50, cuando el gobierno y el Mapai (partido predecesor del laborismo) estaban en manos de Moshe Sharett, partidario de un acercamiento a los países árabes, para desestabilizar al gobierno con continuas operaciones militares y provocaciones a los Estados vecinos en las disputadas fronteras del país (Shlaim 1996: 153 – 197). Años más tarde, durante el gobierno de Golda Meir, se establecerá como norma que el Jefe del Estado Mayor asista a las reuniones del gabinete ministerial para informar y dar consejo.

Las bases más importantes sobre las que se asienta el poder de la Red de la Seguridad, en las que nos centraremos a continuación, son: la gran autonomía de acción de las FDI; el liderazgo intelectual del establishment de la defensa; la creciente penetración de oficiales reservistas en todas las esferas de la sociedad israelí, especialmente en su sistema político; y las sinergias que se establecen con los grupos de este sistema político.

En la alianza de la Red de la Seguridad, los actores más importantes y que invariablemente han permanecido en ella (aunque sus cuadros se renueven constantemente) son los que proceden de la cúpula de las FDI. El Tzahal (su acrónimo en hebreo) tiene unas atribuciones extraordinarias si lo comparamos con cualquier otro ejército de un país democrático. Controla casi la mitad del suelo del país; una porción considerable de sus medios de comunicación (Barak and Sheffer 2006); tiene capacidad de censura.... Pero, sobre todo, tiene una gran autonomía de acción: hay docenas de casos documentados que retratan a las FDI actuando al margen de los órganos de decisión políticos. Un buen ejemplo es el que encontramos en los meses previos a la Guerra de los Seis Días, cuando el ejército siguió una estrategia de aumento de las tensiones en la frontera siria, con ataques provocados deliberadamente y, a menudo, sin consultar al gabinete de Levy Eshkol, a quien forzaba a aceptar sus estrategias entre acusaciones de debilidad y derrotismo (Shlaim 1996: 304 – 312). Mucho más sutil e ilustrativo de la manera en que las FDI intervienen es el caso del aeropuerto de Dahania hace escasos años, donde el mando acató la decisión del gabinete de abrir el aeropuerto, e implementó la orden, pero a la vez bloqueó todas las rutas de acceso, de manera que nadie podía acceder al mismo (Peri 2005). Esta autonomía, además de provocar reacciones violentas por parte del bando contrario, también crea hechos consumados que obligan al ejecutivo a adaptar su política; de este modo, las FDI pueden dar forma *sobre el terreno* al curso de los acontecimientos, según sea su interés.

Otra de las maneras en que se despliega la ascendencia del establishment de la defensa es en su indiscutible liderazgo intelectual. Tal como afirma Kobi Michael (2007) las FDI y su división de inteligencia militar son una verdadera autoridad epistémica en Israel. El concepto de autoridad epistémica, heredado de la psicología social, hace referencia a aquellas fuentes de información en las que el individuo confía a la hora de adquirir e internalizar el conocimiento sobre temas específicos. Los cimientos de la autoridad epistémica están en los procesos de aprendizaje; la influencia de las características del comunicador, como su dominio del tema, reputación y empatía, determina la motivación para comprender y asimilar la información. En una sociedad que afronta situaciones de inseguridad, una autoridad epistémica en la materia afecta a la opinión pública de manera más marcada, sobre todo

teniendo en cuenta que los medios de comunicación dependen asimismo de esa misma autoridad, que es quien le suministra la información, lo que obstruye la posibilidad de información alternativa.

Nada ilustra tanto el alcance de este liderazgo como el hecho de que, en Israel, el Directorio de Inteligencia Militar (AMAN, por sus siglas en hebreo) sea la principal fuente de información de inteligencia en el país, que abarca asuntos militares, políticos y económicos, y cualquier otra cosa que se considere relevante para la seguridad nacional. El AMAN mantiene una relación de asesoramiento regular –diario- con el Primer Ministro y el Ministro de Defensa y asesora al gabinete. Esta situación es inusual en cualquier democracia liberal, donde el control de la inteligencia se cede a agencias civiles (Bar-Joseph 2010). Naturalmente, las evaluaciones de este organismo tienden a extenderse por las ramificaciones de la Red, y contribuyen a dar forma a la opinión pública.

Como recuerda Mann (1991) la importancia de la ideología estriba en que el conocimiento que imparte un grupo de poder ideológico a menudo supera la experiencia individual –son fórmulas de *complejidad reducida*-, no se puede poner a prueba, y en ello reside su capacidad persuasiva. En Israel se ha consolidado una cultura de la seguridad que se difunde en los medios de comunicación, en las fiestas del Estado, en sus instituciones educativas³... Y a través de los largos periodos de servicio militar y reserva, y de la constante sensación de amenaza, en Israel la defensa y la inseguridad son experiencias socialmente compartidas. De manera que, como señala el sociólogo Baruch Kimmerling (1993) se ha enquistado en la sociedad israelí una suerte de militarismo cognitivo: el conflicto tiene un papel rutinario en las vidas de los individuos y se considera que su solución natural se impone por la fuerza.

En cualquier caso, nada de esto sería posible si no fuera por la creciente presencia de oficiales de seguridad retirados y en la reserva en todas las esferas de la vida social israelí. Los cuerpos de seguridad, en especial las FDI, son la pasarela natural hacia el poder en Israel, ya sea el poder político o el poder corporativo, cosa que se demuestra si atendemos al alto número de miembros de la Knesset, así como de ministros y primeros ministros, que han sido oficiales de alta graduación del ejército; o también el gran número de militares que una vez retirados pasan a los consejos directivos de grandes empresas, especialmente las de armamento (el caso palmario es Dan Shormon, que tan pronto dejó el cargo de Jefe del Estado Mayor, pasó a ocupar el puesto de director de la compañía pública Israel Military Industries, TAAS, por sus siglas en hebreo). La presencia en la política de militares de alta graduación en la reserva solidifica el liderazgo intelectual militar; una vez en dentro del escalafón político, estos tenderán a reproducir los mismos intereses e idénticas maneras de pensar.

Las partes civil y militar de la Red de la Seguridad se apoyan recíprocamente, y a menudo los gobiernos israelíes han encontrado en las FDI su mejor aliado a la hora de competir en la arena electoral. Un ejemplo muy ilustrativo lo tenemos en el bombardeo en junio de 1981 por parte de la Fuerza Aérea Israelí de las instalaciones nucleares de Osirak, en Irak, ordenado por Menahem Begin a tres semanas de las elecciones. Esto sucedió en un

³ Es frecuente la presencia de reservistas en las escuelas para dar charlas y aconsejar a los alumnos (Barak y Sheffer 2006).

¿Un país sin política exterior? El peso de la política doméstica en Israel.

momento en que el principal partido de la oposición, el Alineamiento de Shimon Peres, aventajaba en todos los sondeos al gobernante Likud. Peres, representaba por aquella época el laborismo aliado con la economía civil que buscaba suavizar el conflicto con los vecinos de Israel, lo que a buen seguro se traduciría en recortes en el presupuesto militar. Naturalmente, la excusa de la seguridad no solo amparó la operación, sino también el secreto de las gestiones para llevarla a cabo, sin trasladar el tema ante la Knesset, ni tampoco ante los organismos internacionales pertinentes (Shlaim 1996:476).

Por contra, bajo la jefatura de Estado Mayor de Amnon Lipkin-Shahak, un militar bien relacionado con el laborismo, el ejército se puso del lado del mismo Peres en primavera de 1996, poco antes de las elecciones para Primer Ministro. La operación “Uvas de la Ira” contra Hezbolá en el sur del Líbano sirvió para reforzar la figura de Peres ante la agresiva campaña electoral de Benjamín Netanyahu, candidato del Likud. Este último acusaba al por entonces Primer Ministro de ser poco resolutivo con las amenazas a la seguridad de los ciudadanos, en un momento en que los continuos atentados de grupos palestinos y el lanzamiento de cohetes Katyusha en el norte del país ponían en peligro las posibilidades electorales de Peres, candidato de la “paz”. En la actualidad, después del paso por el gabinete ejecutivo de Ariel Sharon, quien controló casi totalmente la Red de la Seguridad, el establishment de la defensa ha establecido sinergias más evidentes con la parte conservadora del espectro político, Likud y Kadima, a quienes se han unido los restos del naufragio del laborismo, con Ehud Barak a la cabeza.

Ehud Barak como símbolo de la Red.

La figura de Ehud Barak ilustra mejor que ninguna otra la naturaleza de la Red de la Seguridad y, por extensión, de la competición por el poder en Israel. Siendo el militar más condecorado del país, Barak, como Jefe del Estado Mayor, implementó la primera fase del proceso de Oslo y fue quien capitalizó la voluntad de las FDI tanto en las negociaciones con los palestinos y sirios, como en el Tratado de Paz con Jordania. Precisamente, el no haber sido informado de las conversaciones en la capital Noruega fue lo que dio lugar a las iniciales críticas, que pasaron a un endurecimiento de las exigencias de seguridad de la cúpula de las FDI, al punto que convirtieron el proceso en un plan para la optimización de la ocupación israelí⁴ (McMahon 2009). La implicación de los militares en política alcanza en esos años cotas superiores, y Barak en persona participa junto al primer ministro Yitzak Rabin en las negociaciones con los partidos más reticentes de la coalición de gobierno, como el partido ultra ortodoxo Yahadut Hatora (Etzioni-Halevy 1996).

Pocos meses después de su paso a la reserva, ya era Ministro del Interior en el último gabinete de Rabin, y después de su asesinato, Ministro de Exteriores. En 1999 será candidato a Primer Ministro, y aglutina en torno a sí a gran parte del establishment de la defensa y a toda una cohorte de militares de alta graduación recién pasados a la reserva, quienes todavía

⁴ Es la tesis de Sean McMahon (2009), para quien el proceso de Oslo, lejos de significar el fin de la ocupación, la optimizaba, al hacer más sutiles los mecanismos para controlar el territorio y la población palestinos.

consideraban el proceso de paz como el óptimo de seguridad para Israel y profesaban una fuerte animadversión hacia Netanyahu, quien, más atento a la comunicación política y equilibrios parlamentarios, obstaculizaba sus intereses.

Barak, tras perder las elecciones frente a Sharon en 2001, pasó ocupar la plaza de consultor *senior* para Electronic Data Systems, que dedica una de sus ramas al sector de la electrónica militar, así como en otras empresas de inversión. Israel, no lo olvidemos, es número uno mundial en el sector de las comunicaciones militares, y es frecuente que militares profesionales asesoren a los consorcios de la industria militar, que a su vez reciben una cuantiosa porción de los presupuestos nacionales. Para hacernos una idea del peso del sector, la industria militar es responsable de un tercio de las exportaciones israelíes y, sin contar los servicios ligados a la seguridad en forma de consultorías, formación, etc., genera varios miles de millones de dólares al año (Barak and Sheffer 2006).

De vuelta a la política, y a pesar de fracasar en su intento de liderar de nuevo el laborismo en 2005, será Ministro de Defensa desde 2007 hasta hoy, invariablemente, bajo los gobiernos de Kadima y Likud. Este punto de su carrera nos es especialmente revelador a la hora de entender las relaciones entre la parte civil y la parte militar de lo que se ha llamado Red de la Seguridad. La entrada de generales reservistas dentro del escalafón militar abre la puerta para que estos manejen el proceso de elección de los altos cargos dentro del establishment de la defensa. En el último año hemos sido testigos de uno de los ejemplos más claros de la colusión entre las dos esferas y, a la vez, de la agria lucha por el poder en la sociedad israelí. Es el que ha surgido con ocasión de la elección del Jefe del Estado Mayor. La renovación del Jefe saliente, Gabi Ashkenazi fue torpedeada por el Ministro de Defensa, quien pretendía poner en el cargo a militares de su confianza. Cuando Barak logra imponer a su candidato, el general de División Yoav Galant, se desata una tormenta política e institucional que empapa incluso a la judicatura. Se inicia una oleada de filtraciones de documentos, algunos de ellos falsificados, acusaciones de corrupción, y toda clase de polémicas que revelaron las duras luchas de poder en el seno de las FDI⁵, que incluso requiere la intervención del presidente Peres pidiendo que se pusiera fin a las fricciones dentro del “establishment de la defensa”⁶. En realidad, este enfrentamiento no es sino la última de una larga serie de luchas por el control de los órganos centrales de las fuerzas armadas⁷.

En medio de esta tormenta, en enero de 2011 Barak abandona el partido laborista después de 16 años, llevándose consigo a cuatro de los trece miembros de la parca representación del partido en la Knesset para formar un nuevo partido centrista, Atzmaut (Independencia)⁸. Después de meses de disputas internas entre las facciones del partido, el

⁵ ‘Top IDF officers suspected in forgery of Galant document’. *Haaretz* 18/8/2010
[<http://www.haaretz.com/print-edition/news/top-idf-officers-suspected-in-forgery-of-galant-document-1.308696> Visitado: 1/6/2011]

⁶ ‘Peres: Israel's defense establishment must end its infighting’ *Haaretz* 3/2/2011
[<http://www.haaretz.com/news/national/peres-israel-s-defense-establishment-must-end-its-infighting-1.341077> Visitado: 1/6/2011]

⁷ GIL HOFFMAN ‘Military Politics: The plot thickens’. *The Jerusalem Post*, 08/13/2010
[<http://www.jpost.com/Home/Article.aspx?id=184617> Visitado: 1/6/2011]

⁸ ‘Ehud Barak quits Labor to form 'centrist, Zionist and democratic' party’. *Haaretz*. 17/1/2011

¿Un país sin política exterior? El peso de la política doméstica en Israel.

detonante de la rebelión anti Barak fue su actitud embaucadora ante Washington, fingiendo tener poder sobre Netanyahu para ganar tiempo frente a las apremiantes exigencias de establecer negociaciones de paz con los palestinos, y sirviendo más a los intereses del gobierno del Likud que a los del partido laborista⁹. Naturalmente, a pesar de la salida del laborismo de la coalición, bajo su nuevo partido Barak ha conservado el puesto de Ministro de Defensa.

Acumulación de poder a través del conflicto y securitización a través del discurso.

En Israel, al igual que en otras sociedades, existen élites que acumulan poder generando conflicto y confrontación, e impiden así que lo hagan otros (Izquierdo 2011). En Israel, este fenómeno encuentra su expresión casi perfecta en el conflicto con su entorno geográfico y, en especial, con los palestinos. Los actores ligados a la Red de la Seguridad deben su poder al conflicto; su carácter iterado les permite aferrarse a los centros de toma de decisiones y controlar el aparato del Estado, y su poder depende precisamente de que el conflicto no termine. Son las necesidades de esta lucha de poder las que determinan la política exterior y de seguridad del país, y no la evaluación objetiva de las amenazas que se ciernen sobre él. Israel sí tiene política exterior, pero es una política reactiva destinada, a través de argumentaciones y subterfugios inacabables, a mantener un conflicto con el que, en realidad, sus élites salen ganando.

Hoy, los principales choques en Israel se dan entre los actores de la alianza hegemónica –la Red de la Seguridad-, pues no se ha podido desarrollar una sociedad civil capaz de erigirse en alternativa a este dominio y capaz de controlar al sector militar. Si se habló de paz durante los 90 fue por la concurrencia de una serie de circunstancias excepcionales que hoy no se dan. Cansancio social ante la Intifada, la emergencia de la economía civil israelí y la posibilidad de una integración económica regional, el cambio en la situación geopolítica del país –desaparición de la URSS y debilitamiento de Siria, Guerra del Golfo, etc.-... la lectura que de estas circunstancias hicieron actores destacados dentro del establishment, y de la Red en general, fue que era posible reformular el conflicto con el entorno y reducirlo a unas nuevas dimensiones, logrando la integración regional y el reconocimiento internacional, pero sin acabar realmente con la ocupación.

Durante esta época, la economía civil abanderada por Peres coincidió en sus intereses con algunos de los actores más poderosos del establishment y de la Red en general. No es así ahora, no olvidemos que en la mayoría de las economías occidentales, el capital se convierte en un recurso de poder más fuerte que el Estado, capaz de influir decisivamente en la marcha de éste; por eso en los últimos meses el gobierno encabezado por el Likud está librando una batalla por dispersar la concentración empresarial en nombre de la *competitividad* y acusándoles de amenazar la democracia, y así acabar de una vez con la histórica influencia de

[<http://www.haaretz.com/news/national/ehud-barak-quits-labor-to-form-centrist-zionist-and-democratic-party-1.337493> Visitado: 1/6/2011]

⁹ 'Netanyahu helped Barak leave Labor'. *Haaretz*, 17/1/2011

[<http://www.haaretz.com/news/national/netanyahu-helped-barak-leave-labor-1.337513> Visitado: 20/5/2011]

este sector en la política israelí¹⁰. Una vez más, se aplica la etiqueta *amenaza*, y terminar con el poder de la oligarquía se transforma en una cuestión de seguridad económica¹¹.

La sociedad civil, como hemos dicho, es débil. Afortunadamente, no se ha extinguido. El mejor ejemplo de relación de poder lineal en Israel con capacidad de alterar las relaciones circulares es el movimiento que a finales de los años 90 encabezó la asociación Arba'a Imaot (Cuatro Madres). Formada por familiares de fallecidos en la Zona de Seguridad al sur del Líbano después de que un doble accidente de helicóptero acabara con la vida de más de 70 militares, la asociación contradujo con sus propios argumentos de seguridad los que ejército y gobierno aducían para prolongar la ocupación de dicho territorio, poniendo de su parte a numerosos oficiales. Finalmente, lograron que Ehud Barak se comprometiera durante la campaña electoral a retirarse de la Zona, cosa que cumplió en el año 2000. A pesar de este esperanzador ejemplo, la capacidad de la sociedad civil para formular alternativas es muy limitada, entre otras razones porque también en las organizaciones cívicas es muy numerosa la presencia de oficiales militares y de seguridad en la reserva, y también porque, como hemos señalado más arriba, la defensa y la inseguridad son experiencias socialmente compartidas y dejan una impronta difícil de borrar.

En cualquier caso, y como hemos dicho antes, el conflicto con los árabes genera en realidad una situación cómoda para la mayoría de las élites que compiten por el Poder el Israel. Difícilmente encontraremos en estos grupos un interés real por el fin de un conflicto con el que en realidad salen ganando. Esto explica el contraste que existe entre un discurso que hace referencia constante a la paz, y las prácticas reales de los diferentes gobiernos israelíes en las últimas décadas. De hecho, apenas ha habido diferencia entre las políticas efectivas de estos, indiferentemente del cuño ideológico que las marcara; simplemente las llevaron a cabo por diferentes medios, pero el fin ha sido el mismo: la perpetuación del conflicto y de la dominación de los territorios ocupados. La distinción entre *palomas* de la izquierda, que buscan un acuerdo con los palestinos, y *halcones* de la derecha, que ven a los palestinos como enemigos y que insisten en mantener la ocupación es totalmente ficticia (McMahon 2005). Si echamos un vistazo a las políticas israelíes de los últimos años encontramos ejemplos claros; mencionábamos más arriba el llamado proceso de Oslo, aclamado mundialmente como un hito, pero que en realidad facilitaba el dominio israelí del territorio, los recursos y población palestinos (McMahon 2009).

Otro ejemplo lo tenemos en la política de asentamientos en Cisjordania, que tanto bajo gobiernos laboristas como del Likud ha permitido que la población de colonos haya crecido de forma sostenida durante los últimos veinte años, al punto que prácticamente

¹⁰ En Israel existen unas 20 familias que concentran en sus manos la mayoría de corporaciones. Buck, T. 'Israel To Crack down on Oligarchs'. *The Financial Times*, 14/5/2010 [<http://www.ft.com/cms/s/0/894197b4-5eef-11df-af86-00144feab49a.html?ftcamp=rss> Visitado: 20/5/2011]

También: 'PM to rule: 7 million Israelis or 7 tycoons' *Haaretz*, 13/10/10 [<http://www.haaretz.com/print-edition/business/pm-to-rule-7-million-israelis-or-7-tycoons-1.318765> Visitado: 20/5/2011]

¹¹ 'This may be Netanyahu's only chance to tackle economic concentration'. *Haaretz: The Marker* 17/10/10 [<http://english.themarker.com/concentration-in-business/this-may-be-netanyahu-s-only-chance-to-tackle-economic-concentration-1.319564> Visitado: 20/5/2011]

¿Un país sin política exterior? El peso de la política doméstica en Israel.

duplica las cifras de principios de los 90, cuando se impulsa en proceso de paz. De hecho, a pesar de la vehemencia que alcanza el debate público sobre este tipo de cuestiones (Naor 1999), es frecuente observar entre los grupos todo tipo de acuerdos y alianzas cuyo fin último es la conservación de aquellas condiciones que posibilitan la competición por el poder y la fortaleza del Estado. Posiblemente el ejemplo más revelador sea el acuerdo alcanzado en 1997 entre el antiguo negociador del gobierno laborista en Oslo Yossi Beilin y Michael Eitan, cabeza de la facción parlamentaria del Likud, entonces en el poder; el acuerdo Beilin-Eitan reflejaba el consenso esencial entre los partidos mayoritarios para el control de los territorios ocupados. El discurso de seguridad en Israel se mueve en torno a dos ejes: por un lado, el uso retórico de la paz, de la búsqueda de un socio para alcanzarla; una paz que no llega nunca porque, por otro lado, existen unas amenazas que han de ser conjuradas de modo prioritario.

Volvemos en este punto a un tema que habíamos dejado más arriba: la seguridad. Recordemos lo que nos dicen Buzan y Waever (1998) al respecto: la seguridad es un *speech act* con el que se reclama la adopción de medidas extraordinarias para neutralizar las amenazas que refiere. Este proceso se denomina *securitización*, y securitizar algo implica la existencia de un conflicto. Como señala Ferran Izquierdo (2011):

Apelar a la seguridad, al igual que al interés nacional —*speech act* en los dos casos—, tiene diferentes consecuencias, la mayoría de ellas ventajosas para una élite. En primer lugar, permite reforzar y legitimar las políticas que se propondrán para hacer frente al problema, ahora visto como amenaza a la seguridad nacional. En segundo lugar, transforma la esencia de la cuestión tratada, el problema como tal pasa a un segundo plano, y adquiere un carácter nuevo que sirve para reforzar y legitimar las políticas —y por tanto a los políticos. En tercer lugar, la nueva esencia del problema permite estatalizarlo y refuerza así a las élites que controlan el Estado o a aquellas que lo pueden utilizar. En cuarto lugar, de forma consciente o inconsciente refuerza la ideología identitaria respecto al Otro —consciente cuando el *speech act* va acompañado de un discurso nacionalista, inconsciente cuando surge de creencias interiorizadas como el racismo—. En quinto lugar, la securitización es básicamente defensiva del statu quo y permite anular el debate sobre la necesidad del cambio —cambio que, por otra parte, puede ser necesario para solucionar el problema real securitizado—. En sexto lugar, permite esconder el conflicto real —competencia por la acumulación de poder— y la función de las políticas que se llevarán a cabo, que en muchos casos son además las causas de la problemática que teóricamente se quiere solucionar. Finalmente, obliga tanto a la población como a las élites competidoras a situarse en el campo de las élites que se beneficiarán y que han conseguido “securitizar” o “nacionalizar” el problema, y de esta forma una y otras deberán darles su apoyo y facilitar así su acumulación.

El párrafo precedente podría perfectamente ser una semblanza de la competición por el poder en Israel y del papel que juega en ella la seguridad. En el Estado judío, la seguridad es la argumentación sempiterna a la hora de justificar toda clase de políticas en cualquier materia en la que tengan intereses las élites del país. Se cumple la propuesta de Buzan y Waever (1998) de una seguridad ampliada (esfera económica, ambiental, societal, política y militar). Se cumple, pero de manera totalmente diferente. Para estos autores es posible formular una política de seguridad en cada una de estas esferas.

Sin embargo, ya hemos visto en el caso de la persecución a la oligarquía de la economía civil cómo un asunto no convencional puede ser etiquetado como amenaza (la concentración empresarial como riesgo a la democracia y al desarrollo económico israelí) y la

adopción de medidas *ad hoc* para conjurarla (paneles parlamentarios , medidas anti trust, etc.). De manera análoga sucede en el caso del medio ambiente y los recursos naturales; el argumento de la carestía del agua a la hora de justificar las políticas de ocupación es una constante del discurso de seguridad en Israel. Sin embargo, esto no significa que podamos hablar de la existencia de una seguridad económica, ambiental o societal propiamente dichas. La experiencia israelí demuestra que, a diferencia de lo que propone Copenhague, lo societal, lo económico, lo ambiental, y cualquier otra esfera que puede plantear dilemas de seguridad sólo existen como argumentos que se pueden añadir a una política de seguridad, y a su discurso, según los réditos que ofrezca a quienes formulan estas políticas y discursos.

El caso más evidente es el de la seguridad societal, que se ocupa de las amenazas a la identidad de las comunidades. El discurso de seguridad israelí recurre con frecuencia a argumentos identitarios para elaborar y justificar sus políticas; juega hábilmente con la identidad y la historia del pueblo judío, agitando temores del pasado con cada nueva amenaza, logrando que en Israel identidad y seguridad vayan unidas de la mano. Este discurso tiene su correlato en un ordenamiento legal identitario que define a Israel como Estado judío con capital eterna en una Jerusalén unida, “nacionalizando” de este modo el conflicto del cual depende el poder de estas élites. Como declaraba recientemente el ministro de asuntos estratégicos Moshé Ya’alon (Likud), antiguo Jefe del Estado Mayor:

no tenemos que volver a las fronteras de 1967 o dividir Jerusalén; no tenemos que ponernos en peligro otra vez [...] esta es una lucha existencial, la Guerra de Independencia no ha terminado. Desde una perspectiva histórica, todas las guerras que hemos luchado[...] son parte de una Guerra de Independencia por la existencia de un hogar nacional para el pueblo judío después de 2000 años de exilio¹².

Sin llegar a cotas tan explícitas como las declaraciones anteriores, el vínculo societal se da por entendido en todas las alusiones a la seguridad en la vida política israelí. Ocurre lo mismo cuando se habla de seguridad desde la óptica del riesgo. En los últimos meses, a petición de Israel Beiteinu se ha establecido un panel en la Knesset destinado a examinar y establecer medidas de vigilancia sobre diversas ONG israelíes “izquierdistas”, entre las que se encuentra B’tselem, con la excusa de que socavan la labor de las FDI, apoyan al terrorismo y respaldan organizaciones enemigas como Hamas y Hezbolá¹³. En realidad, persiguiendo a estas organizaciones, lejos de combatir cualquier amenaza o riesgo, lo que se hace es arrinconar potenciales rivales que pudieran alimentar alternativas. Este episodio es probablemente el que mejor se ajusta al propósito de este trabajo pues, en primer lugar, ilustra el uso de la seguridad en la competición doméstica por el poder. En segundo lugar, demuestra que el riesgo o la inseguridad política son tan sólo argumentos, y no una esfera propia de la seguridad. Y, tercero, nos enseña la naturaleza de la política exterior y de seguridad israelí, ya que dentro del rechazo de la sociedad civil global a las políticas israelíes de ocupación, las ONG del país desempeñan una labor importante, de manera que deslegitimándolas bajo acusaciones de terrorismo se elimina una de las principales fuentes de crítica internacional a las políticas de seguridad del Estado judío.

¹² 'Independence War hasn't ended' *The Jerusalem Post*, 19/4/2010 (Traducción del autor).
[<http://www.jpost.com/Features/InTheSpotlight/Article.aspx?id=173354> Visitado: 1/6/2011]

¹³ 'Left-wing NGOs mad Knesset to probe foreign funding'. *The Jerusalem Post*, 1/5/2011.
[<http://www.jpost.com/DiplomacyAndPolitics/Article.aspx?id=202367> Visitado: 1/6/2011]

¿Un país sin política exterior? El peso de la política doméstica en Israel.

Conclusiones.

Lo visto hasta ahora nos permite dudar de algunos postulados de las corrientes principales dentro de la disciplina de las Relaciones Internacionales. En primer lugar, hemos visto que el Estado no se ajusta al carácter de actor autónomo que se le asigna, sino que más bien es un aparato con numerosos resortes. En Israel la mayoría de estos resortes están dominados por una alianza de actores a los que, basándose en la literatura sobre las *policy networks*, se ha llamado la Red de la Seguridad. El Estado es un recurso, u ofrece una serie de recursos, para aquellas élites que compiten por el poder en una sociedad. En Israel, además, la magnitud del Estado lo convierte en el recurso principal, por encima del capital.

También hemos visto cuál es la naturaleza de las políticas de seguridad y que éstas, lejos de ser producto de una apreciación objetiva de los riesgos y amenazas que sufre una sociedad, obedece a los intereses de las élites en su competición por el poder. En Israel, además, la política exterior tiene un carácter reactivo, destinado a proteger las circunstancias que permiten el poder de sus actores hegemónicos en el interior del país. La pieza de política exterior más reveladora que hemos podido encontrar en los últimos años, que además nos sirve por su valor discursivo, es el discurso que el primer ministro Netanyahu¹⁴ ofreció en el Begin-Sadat Center de la Universidad de Bar Ilan (próxima al conservadurismo) como respuesta al que unos días antes pronunció Barak Obama en El Cairo, en el que abogaba por una resolución del conflicto reconociendo las aspiraciones palestinas a un Estado propio¹⁵ y también por establecer vías de diálogo con el régimen iraní.

En el discurso de Netanyahu confluyen argumentos societales con el liderazgo intelectual militar. Afirma: "*La amenaza iraní se muestra ante nosotros todavía con toda su fuerza[...] El mayor peligro para Israel, para Oriente Medio y para toda la humanidad, es el encuentro entre el Islam extremista y las armas nucleares*" Además, dado que cada retirada territorial israelí ha sido respondida con *oleadas de terroristas suicidas* y con misiles sobre las ciudades del país, "*el argumento de que la retirada hará la paz más cercana no se corresponde con la realidad*".

En este discurso, sazonado con toda clase de referencias a la tradición bíblica y a la historia judía, Netanyahu no habla de la creación de un Estado palestino, sino de que Israel no desea gobernar sobre ellos y desea respetar su cultura; en cualquier caso, el resultado de la paz ha de ser un "*área desmilitarizada*", para que no sirva de "*base terrorista*", además: "*para asegurar la paz no queremos que puedan importar misiles o cohetes, ni tener un ejército o control del espacio aéreo, o hacer tratados con países como Irán, o con Hezbolá[...] esto es crucial para la existencia de Israel*". Del mismo modo, como premisa en la negociación de un acuerdo permanente "*Israel necesita fronteras defendibles con Jerusalén unida como capital*",

¹⁴ 'Full text of Netanyahu's foreign policy speech at Bar Ilan'. *Ha'aretz*, 4/6/2009. (Traducción del autor) [<http://www.haaretz.com/news/full-text-of-netanyahu-s-foreign-policy-speech-at-bar-ilan-1.277922> Visitado 2/2011]

¹⁵ Sin proponer medidas concretas, Obama definía la situación de los palestinos como intolerable, y avisaba a Israel de que no apoyaría nuevas expansiones de sus asentamientos. El discurso completo se puede consultar en línea. [<http://www.palestinemonitor.org/spip/spip.php?article977> Visitado: 6/2011]

la entidad palestina resultante ha de reconocer a Israel como Estado del pueblo judío y, además, el problema de los refugiados debe resolverse fuera de las fronteras de Israel.

Aunque esta disertación en Bar Ilan tiene un contenido de política exterior y es inicialmente una respuesta a la presión internacional (que a menudo también obedece a las propias competiciones por el poder de los entornos donde se formulan), tiene también un evidente propósito doméstico. Nótese, por ejemplo, que no hace referencia a acuerdos de paz sino a *retiradas*, pues el principal adversario del Likud ya no es el laborismo, que sigue abogando tímidamente por conversaciones con la Autoridad Palestina, sino Kadima, que en el gobierno propugnó las retiradas unilaterales como forma de alcanzar la paz.

Por último, hemos visto que la construcción de una seguridad para cada una de las esferas (militar, societal, política, ambiental o económica) que proponen Buzan y Waever (1998), así como una seguridad basada en el riesgo, es falaz. Cuando se recurre al argumento de la amenaza existencial, las más de las veces lo que está en juego no es la supervivencia del Estado y tampoco la de la identidad de las comunidades, ni la del ambiente, etc. sino la de los grupos que tienen capacidad para utilizar este discurso como recurso de poder. La inclusión de los aspectos societales o de cualquier índole, así como un discurso basado en el riesgo, se hará en función de los réditos que puedan obtener de ello aquellos agentes con autoridad para articular el discurso.

Bibliografía.

Álvarez-Ossorio, I. and F. Izquierdo (2007). Por qué ha fracasado la paz?: Claves para entender el conflicto palestino-israelí, Los Libros de la Catarata.

Bar-Joseph, U. (2010). "Military Intelligence as the National Intelligence Estimator: The Case of Israel." Armed Forces & Society **36**(3): 505.

Barak, O. and G. Sheffer (2006). "ISRAEL'S "SECURITY NETWORK" AND ITS IMPACT: AN EXPLORATION OF A NEW APPROACH." International Journal of Middle East Studies **38**(02): 235-261.

Buzan, B. (1991). People, states, and fear : an agenda for international security studies in the post-cold war era. New York, Harvester Wheatsheaf.

Buzan, B., O. Wæver, et al. (1998). Security : a new framework for analysis. Boulder, Colo., Lynne Rienner Pub.

Campbell, D. (1998). Writing security: United States foreign policy and the politics of identity, Univ Of Minnesota Press.

Corry, O. (2010). "Securitization and 'Riskization': Two Grammars of Security."

¿Un país sin política exterior? El peso de la política doméstica en Israel.

De Mesquita, B. B., J. D. Morrow, et al. (1999). "An institutional explanation of the democratic peace." The American Political Science Review **93**(4): 791-807.

Etzioni-Halevy, E. (1996). "Civil-Military Relations and Democracy: The Case of the Military-Political Elites' Connection in Israel." Armed Forces & Society **22**(3): 401.

Hobden, S. and J. M. Hobson (2002). Historical sociology of international relations, Cambridge Univ Pr.

Izquierdo, F. (2007). Poder y felicidad: Una propuesta de sociología del poder, Catarata.

Izquierdo, Ferran (2011) Poder global y teoría de Relaciones Internacionales. Proyecto docente presentado en la Universitat Autònoma de Barcelona en abril 2011 [pendiente de publicación].

Kimmerling, B. (1993). "Patterns of militarism in Israel." European Journal of Sociology **34**(02): 196-223.

Lipschutz, R. D. (1995). On security, Columbia Univ Pr.

Mann, M. and F. S. Fontenla (1991). Las fuentes del poder social: Una historia del poder desde los comienzos hasta 1760 dC, Alianza.

McMahon, S. F. (2005). "Massacre of the Doves?: Interpreting Israel's 2003 Elections." British Journal of Middle Eastern Studies **32**(2): 193-215.

McMahon, S. F. (2009). The discourse of Palestinian-Israeli relations: persistent analytics and practices, Taylor & Francis.

Mearsheimer, J. J. and S. M. Walt (2006). "The Israel lobby and US foreign policy." Middle East Policy **13**(3): 29-87.

Naor, A. (1999). "The security argument in the territorial debate in Israel: Rhetoric and policy." Israel Studies **4**(2): 150-177.

Peri, Y. (2005). "The Political–Military Complex: The IDF s Influence Over Policy Towards the Palestinians Since 1987." Israel Affairs **11**(2): 324-344.

Peterson, J. (2003). Policy Networks. Vienna: Institute for Advanced Studies. Citado en Barak y Sheffer (2006).

Fernando Navarro Muñoz

Rathbun, B. (2008). "A rose by any other name: Neoclassical realism as the logical and necessary extension of structural realism." Security Studies **17**(2): 294-321.

Shlaim, Avi (2003). El muro de hierro. Israel y el mundo árabe. Granada; Almed

Terriff, T. (1999). Security studies today, Polity.

Waever, O. (1995). "Securitization and Desecuritization en Lipschutz." org.) On Security.

Williams, M. C. (2003). "Words, images, enemies: securitization and international politics." International Studies Quarterly **47**(4): 511-531.